

PSICOLOGÍA DE LAS MASAS Y ANÁLISIS DEL YO: RE-ANUDANDO TÓTEM Y TABÚ

Karen Happeth Cuevas Castelán¹

RESUMEN

Este trabajo aborda la consideración lógica de que *Psicología de las masas y análisis del yo* (Freud, 1921) se erige como una *re-anudación* del trabajo preliminar, escrito en 1914: *Tótem y tabú*,² donde lo político confluye a partir de la invención del concepto de lo inconsciente.

Palabras clave: *Psicología de las masas, Tótem y Tabú, reanudación, represión y regresión.*

De tal suerte nos ocupamos del texto de 1921 considerando que su teoría de la correlación entre la formación del “yo” (*Ich*), y la de los “grupos” o “masas”, constituye un momento clave para superar la oposición entre una “psicología individual” y una “psicología colectiva” (o “social”), que afecta a la propia definición del inconsciente, y que bien podría nominarse como el momento *transindividual*. Otra razón por la que consideramos importante detenerse en *Psicología de masas...* es que representa uno de los textos que marcan un punto de inflexión cardinal en la historia de la filosofía política, fuera de la cual, en particular, la configuración político-teórica del siglo XX europeo seguiría siendo ininteligible. A su manera, como lo hicieron Lenin, Weber, Arendt o Schmitt, Freud en este trabajo expone también un “concepto de la política”. Su texto está vinculado al hecho de que produjo una “Crítica de la psicología política”, (comparable en algunos sentidos a lo que Marx produjo anteriormente como una “Crítica de la economía política”, aunque, por supuesto, con resultados totalmente diferentes).

Estos dos puntos no son independientes: hay entre ellos, una relación de presuposición recíproca. Si bien la introducción del concepto del inconsciente transforma radicalmente la comprensión del campo de la política, lo contrario no es menos cierto: la interferencia entre *lo político y la política* no está exenta de tensiones, o sin contradicciones (que se reflejan en el corazón mismo del movimiento psicoanalítico por divergencias o incluso escisiones); campo de la política que como tal es requerido por la definición del inconsciente, ya que este, precisamente, no es reductible a la psicología individual (teniendo en cuenta la represión de los impulsos sexuales en la constitución de un aparato psíquico necesario para el lazo social), ni tampoco a la psicología social, es decir a una interpretación de los fenómenos de comportamiento cultural e institucional, o colectivo, en términos de conflictos apasionados y determinaciones cognitivas o simplemente conductuales. Podemos suponer que tanto lo que es individual como social es, precisamente, político, aunque en con sentido por determinar histórica y conceptualmente, acorde con las lógicas impuestas por el estatuto inconsciente de los sujetos.

¹ Psicoanalista. Doctora en Ciencias Sociales. Profesora de la Facultad de Psicología de la Universidad Veracruzana – Región Xalapa. Correo electrónico: karenhappeth@yahoo.com.mx.

² Freud, S., «*Tótem y Tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos*» (1913 [1912-13]), Obras Completas, Vol. XIII, Amorrortu Editores, Bs. As., 1994, pp. 1-164.

Desde este punto de vista, es toda la secuencia de las obras de Freud que transcurren entre 1912 y 1938 las que son de nuestro particular interés. Lo político insiste en ellas todo el tiempo, aunque nunca exactamente de la misma forma y desde el mismo punto de vista; de manera que cambios sucesivos de determinadas hipótesis, como el de la pulsión de muerte o el de la regresión onto-filogenética, también determinan los cambios en la coyuntura política contemporánea. Es muy sorprendente que ninguno de los principales libros o ensayos en los que puede pensarse desde esta perspectiva se superpone exactamente con los demás, o que *a fortiori* no los redoble.

Al mismo tiempo que el efecto de lo político insiste en Freud, cambia su teorización del inconsciente. Esta aventura intelectual, que no tiene fin, excepto el impuesto por su propia muerte, irrecusablemente, no se reduce a una evolución lineal. Una de las formas de dilucidar el sentido, radica precisamente en examinar las referencias a Tótem y tabú. Ellas pueden ser explícitas, como en *Psicología de las masas...*, o implícitas e indirectas y, por lo tanto, más problemáticas. Algunos hechos de la escritura son intrigantes, por ejemplo, aquel de *Psicología de masas...*, donde la referencia a *Tótem y tabú* viene a sostener la noción de regresión -aplicada al funcionamiento de las instituciones-, en la cual nunca menciona por su nombre a la pulsión de muerte (¡introducida el año anterior en *Más allá del principio del placer!*). En cambio, el ensayo de 1923, *El yo y el Ello*, en el que Freud introduce la noción del “Superyó” -que regirá todos los análisis posteriores del progreso de la civilización y de su “malestar”-, destaca la relación con una cultura definida por la pulsión de muerte, y no incluye ninguna referencia a los temas de *Tótem y tabú*: dependerá de trabajos posteriores intentar llenar este vacío.

A partir de esta observación filológica, es tentador intentar problematizar la relación entre la antropología especulativa de Tótem y tabú y la biología -no menos especulativa- de *Más allá del principio del placer*,³ aunque... esta ambición rebasa los límites del presente trabajo. Sin embargo, acotaremos que aparentemente hay dos formas inversas de “leer” la relación de los últimos trabajos de Freud con la “teoría” o “ficción” de *Tótem y tabú*. Así entonces, Freud adquirió y formuló en 1912 una concepción antropológica de los orígenes de la represión (y de la represión originaria), por lo tanto, de la posibilidad misma del inconsciente, de lo cual todos los textos subsiguientes harán aplicación a diversos ámbitos: la cultura, la educación, la política, la religión, cuestión que les da un fundamento, al menos en el modo *como si*. Por el contrario, podemos pensar que las referencias al “Mito” del asesinato del padre de la horda primitiva implican tantas transformaciones, no solo de su función en relación con la interpretación de los orígenes de la culpa que habita en las formaciones de inconsciente, sino del significado mismo de las ideas de culpa y origen en el análisis freudiano. Cada uno de los textos posteriores en los que hay una referencia abierta o implícita a *Tótem y tabú* es, por tanto, de hecho, un rediseño de tal obra, una reapertura de las preguntas que había formulado, una rectificación de sus postulados (notablemente postulados evolutivos) -y sin duda esto es particularmente cierto en los que vienen después de la explicación de la hipótesis de la *Todestrieb*- hasta que, en *Moisés y la religión monoteísta*,⁴ donde la cuestión de la constitución del pueblo se articula con la de la enunciación histórica del derecho, el discurso evolucionista antropológico da paso a una concepción teológico-política. Así que nos es permitido pensar que, si Freud frecuentemente se refiere a *Tótem y tabú*, es prácticamente, para refutarse a sí mismo. Nos situamos del lado de esta interpretación. En esta progresión abierta, a la que no se debe dar el sentido de una teleología incluso si, obviamente, cada paso sea irreversible, *Psicología de masas...* ocupa un lugar estratégico, precisamente por lo que (citando a Kojève, Simondon y Lacan) nominamos el momento *transindividual*⁵ que

³ Freud, S. (1920/1985). *Más allá del Principio de placer*, Obras Completas, tomo XVIII. Argentina: Amorrortu.

⁴ Freud, S. ([1939] 1997). *Moisés y la religión monoteísta*. OC. Vol. XXIII, Buenos Aires: Amorrortu.

⁵ En “*Función y campo de la palabra y del lenguaje*” (1953) Lacan define al inconsciente en estos términos: “El inconsciente es aquella parte del discurso concreto en cuanto *transindividual* que falta a la disposición del sujeto para restablecer la continuidad del discurso consciente”. Cfr. Lacan, J. “*Función y campo de la palabra y del lenguaje*” (1953), *Escritos 1*, México: Siglo XXI, 1998. p. 248.

hace explícito tanto en un discurso como, quizás incluso más elocuentemente, en un gráfico, típicamente “estructuralista”, (uno de los tres que se encuentran en toda la obra de Freud). Esto es sugerir que el desarrollo del concepto de lo *transindividual* maximiza la tensión con el mito evolutivo. En un intento por desarrollar una mínima elaboración:

Primero debe señalarse, formalmente, que todo el texto de Freud puede colocarse bajo el signo de las reversiones y, por ende... de la reversibilidad. Existe una profunda solidaridad entre estas diferentes operaciones, que se relacionan con las antítesis categóricas que fundamentan la filosofía y la política con la episteme que subyace a las “ciencias humanas” en el campo en el que la obra de Freud inscribe un contrapunto polémico. Este es el caso, en primer lugar, de las antítesis de lo individual y lo colectivo (o lo social) por un lado, y lo normal y lo patológico por el otro.

Sobre el primer punto notamos en el comienzo del texto de Freud una postura cautelosa, pero clara, contra la idea de oponer entre ellos una psicología individual y una psicología social de masas. Esta oposición, según Freud, debe superarse (y están en el psicoanálisis los medios de los que se depende para hacerlo). Pero el resto del libro, que no está exento de fluctuaciones, muestra que hay básicamente dos formas de entenderlo. Hay lo pudiera ser un camino débil (en sentido lógico): aquello que consiste en mostrar que los fenómenos de la psicología individual y de la psicología colectiva no son prácticamente separables, que por el contrario son complementarios (como será, por ejemplo, en el capítulo X sobre “la masa y la horda original”, la psicología de las “masas” y la de los “conductores”, en lo que cabe señalar, difícilmente Freud no estaría interesado). Por tanto, sería epistemológicamente racional estudiarlos juntos, en el marco de una misma ciencia. Pero más allá de eso hay un camino fuerte, el que consiste en desarrollar (y en demostrar, mediante una construcción teórica del objeto), la idea de que el individuo y el colectivo pertenecen a una sola estructura, de la cual constituyen polos o funciones que son en sí mismos reversibles. Este es, en el fondo, el punto de vista que en el texto se desarrollará gradualmente, y cuyo punto culminante es el dibujo y la interpretación de la gráfica de identificación, en la que es menester insistir, en la medida en que puede leerse en una dirección u otra, ya sea desde la división del sujeto en “Ich” e “Ichideal” hacia la sustitución de uno y el mismo “objeto externo” (a los objetos sobre los que se fija la libido en el estado de amor) o, según la otra modalidad, en la hipnosis, por tanto hacia lo que han “puesto en común” y que los hace indistintos, o viceversa de la indistinción libidinal a la división que induce en el sujeto. Refiriéndose explícitamente a la idea de que el amor y la hipnosis constituyen un “entrenamiento masivo para dos”, y que la hipnosis, en particular, no es un término de comparación con “Masa” porque en realidad es “idéntica” a ella (o tienen la misma estructura), Freud está preparando una inversión aún más radical, que de hecho se logrará en el capítulo final, irónicamente titulado *Nachträge*, es decir, después del hecho o... suplementos, (aunque la edición de Amorrortu lo traduce como “Apéndice”): aquella que consistirá en presentar la individualidad misma (o individualización) como un caso particular de *Massenbildung* [formación de masas] en la medida en que plausiblemente se trata de una “formación del inconsciente”. Desde la introducción hasta la conclusión del libro, la primacía e incluso la autonomía de la “psicología individual” ha sido derrocada, no a favor de una primacía de lo social o lo sociológico (en una nota del capítulo IV, en la reedición de 1923, se defiende de Kelsen por haber “sociedad” hipostasiada, al estilo Durkheim) (no hablemos del inconsciente colectivo ...), sino en beneficio de su equivalencia en la dependencia de la misma estructura, es decir, lo transindividual.

Vemos surgir aquí la posibilidad de “definir” o “caracterizar” al psicoanálisis, como ciencia, precisamente a través de esta operación que tiene un significado político, pero primero hay que combinar los efectos con los de una segunda reversión, no menos decisiva, no menos “política”, que afecta a las categorías de lo normal y lo patológico. Este punto es extremadamente difícil en principio porque, a través de su obra, Freud nunca ha dejado de oscilar entre las diferentes posiciones posibles, que van desde la reanudación del postu-

lado fundacional de la medicina positivista según el cual lo patológico es una desviación de lo normal (en particular, lo “normal” de la sucesión de etapas de libido y “elección de objeto” heterosexual) hasta la idea de que lo “normal” es una patología que se ignora a sí misma, o incluso a la idea de que el psicoanálisis suspende toda distinción de estos “valores”. Pero en *Psicología de masas...* se lleva a cabo una operación extremadamente clara y radical, que conduce tanto contra las representaciones comunes como contra la elaboración “teórica” propuesta por Le Bon en el *bestseller* (constantemente reeditado hasta el día de hoy), *Crowd Psychology* de 1895 (traducido al alemán en 1912), de quien, sin embargo, toma prestada toda una fenomenología, pero de la que invierte completamente el significado. Para Le Bon y los teóricos de la psicología de masas en general, la constitución de ésta, sobre el ejemplo privilegiado de los movimientos revolucionarios caracterizados por su poder de sugestión y por la creencia de que quienes se adhieren a él operan en la “omnipotencia de las ideas”, así como por la suspensión de las capacidades morales y racionales, por lo tanto por la regresión a un etapa primitiva o infantil, favorecida por la crisis de las instituciones, así como por diversos factores educativos, social y racial, constituye un fenómeno patológico por excelencia. Define una patología del orden político, contra la que el Estado y la sociedad deben defenderse.

Para Freud, por el contrario (obviamente influido por la experiencia de la Gran Guerra, en la que el desencadenamiento de las pulsiones criminales ha sido justificado y normalizado), los procesos afectivos y cognitivos que degradan la capacidad del sujeto de juzgar de forma autónoma y la racionalidad de lo colectivo, y de lo que esta devuelve al principio de la identificación, como un modo de canalizar y fijar la libido, aplica primero a las instituciones del orden establecido, de las cuales toma como ejemplos la Iglesia y el Ejército. Estas son, nos dice Freud, las verdaderas “masas primarias”, y no se excluye escuchar aquí un juego de hipótesis intrapsicoanalítico: de hecho es necesario comprender que, para atender la emergencia y el desarrollo abierto de un “proceso primario”, en el que la asociación de las ideas y su investidura por afectos obedece sin ninguna salvaguarda o “elaboración secundaria” a las leyes del inconsciente, no hay necesidad de abordar patologías políticas y sociales (o fenómenos considerados patológicos, a la par que delictivos, por la racionalidad dominante), es por el contrario necesario observar el motor de la cohesión de las instituciones y la membresía que comandan. O más exactamente (y esta idea es aún más notable), es necesario considerar a estas instituciones como mecanismos de defensa frente a los fenómenos de desintegración que siempre los amenazan desde dentro, y contra los cuales deben movilizar constantemente los poderes de pensamiento y la afectividad inconsciente, que son fundamentalmente de la misma naturaleza. En el capítulo V de *Psicología de masas...*,⁶ Freud identifica estos fenómenos con mucha precisión: para el Ejército, cita el pánico o la estampida, y para la Iglesia el sectarismo o la intolerancia. Entonces aparece el Ejército como esta organización tejida de la libido que resiste el pánico (a menos que ceda ante él), igualmente que la Iglesia aparece como esa organización que resiste la intolerancia (a menos que ceda). Esta inversión es capital, políticamente, porque al mismo tiempo deconstruye los imaginarios del orden y desorden, e introduce en el corazón de la política una dimensión fundamentalmente *impolítica*, fuera de la cual el concepto de política está vacío. La política es una violencia que se vuelve contra sí misma, y así se da, de forma más o menos estable y duradera, la figura del orden, de la cohesión. Pero es igualmente crucial psicológicamente porque convierte al inconsciente en la matriz o el juego de representaciones y afectos, que “fija” a los individuos en forma de vínculo colectivo, o de conformismo colectivo, o por el contrario los precipita en lo incontrolable de un “desligamiento” subversivo o autodestructivo.

Entre los dos puntos que acabamos de mencionar, bajo reversiones y reversibilidades transmitido por Freud en *Psicología de masas...*, también hay una estrecha conexión: porque el juicio de normalidad que proviene o se aplica a los individuos está condicionado (al menos en la sociedad moderna) por mantener una distancia entre la singularidad o la “conducta individual” y la incorporación a los movimientos de la masa y,

⁶ Freud, S., «*Psicología de las masas y análisis del yo*» (1921), Obras Completas, Vol. XVIII, Amorrortu Editores, Bs. As., 1998. Pp. 89-94.

a la inversa, las instituciones y las situaciones sociales se consideran normales o patológicas según favorezcan o eliminen la distancia entre lo individual y lo colectivo. La oposición de los dos polos de la psicología es una ficción mantenida por un orden social que descansa, sin embargo, en un análisis final, sobre su indistinción.

Si, al final, nos hacemos la pregunta, reiteradamente política, de saber cómo pasar (de nuevo, porque esto es un principio, para todos los sujetos-ciudadanos de la política moderna), en una oscilación o *transformación* -que a veces tiene lugar en una dirección y a veces en la otra- y, por lo tanto, es reversible, de esta modalidad de existencia relacional que constituye la *multitud* o ser en masa (del “muchos”) a esa otra modalidad, paradójica, que constituye el “empoderamiento”, es decir, el aislamiento dentro de la masa, o si se quiere el estado-límite, la línea de corte en la masa en la que se gesta la idea de individualidad “autónoma”, parece que se abren dos caminos principales de interpretación. Y de alguna manera ello se pone en conflicto dentro del texto de Freud pues son dos desarrollos que constituyen respectivamente la conclusión (lo que significa que se dividen y difieren en la conclusión).

Uno es el de la *regresión*, que da lugar (sobre todo en los últimos tres capítulos de *Psicología de masas...*) al “retorno” de *Tótem y tabú* en el marco de la teoría de la *identificación*, no tanto como un origen antropológico sino como un mecanismo de accionamiento. Se centra en la idea de que la constitución de las multitudes (incluyendo sobre todo a estas multitudes “normalizadas” como son las instituciones, y en particular las instituciones estatales) “repite” un escenario arcaico que constituye, precisamente, la dimensión inconsciente. Esta hipótesis, cabe señalar, impulsa enormemente a la hipnosis como modelo de la relación de dependencia entre el yo de los sujetos y un “ideal del yo” común, sin duda porque, en la descripción dada en aquel momento por Freud, el sometimiento hipnótico (que él caracteriza, al demarcar El Bien, no sólo como “servidumbre voluntaria”, sino como productora de un “sed de obediencia”), aunque no es del orden del odio, está sin embargo en el orden del miedo, y ese miedo no parece mezclarse bien con el amor, es decir, es más “castrante” que el amor. Pero correlativamente también enfatiza el problema de la igualdad entre los sujetos, cuyo modelo sigue siendo el de la “reivindicación de igualdad” de los “hermanos” de la horda primitiva. Entonces podemos pensar que, para Freud, según esta hipótesis, las “instituciones” son, si no hordas primitivas (aunque pueden volver a serlo siempre, de acuerdo con el correlato “degenerativo” de los esquemas evolutivos), al menos una elaboración secundaria de la fantasía original, en la que, a costa de un aislamiento que puede ser doloroso, la *igualdad* de los individuos se adquiere a través de la desexualización de la pulsión de muerte o la sublimación de sus componentes violentos y destructivos. Así es como la ciudad “gestiona” la contradicción permanente entre autoridad y anarquía, y reprime (más o menos completamente) la violencia que lo constituye. No hay duda de que este diagrama de Freud, en muchos aspectos, es un esquema conservador.

El otro camino, que podría llamarse la *hipótesis represiva*, solo se explicará completamente en la obra posterior, *El yo y el ello* (1923), que introduce la hipótesis del “Superyó” como redoblamiento del “ideal del yo” que es al mismo tiempo un límite, y donde, no por casualidad creemos, no hay ninguna referencia a *Tótem y tabú* (ni, de hecho, ningún argumento evolutivo, sino solamente recurriendo a la historia *individual* de los sujetos). Esto es el de la “individualización” a través de la neurosis, en la medida en que instala al “yo” en el intermedio incómodo con las presiones ejercidas sobre él por las pulsiones y por el superyó, por lo que erige la alternativa entre represión y transgresión. La cuestión de la igualdad puede que no se elimine allí, pero está claramente subordinada al de la singularidad. Porque es de una manera única que cada individuo (es decir, en cada neurótico) está llamado a “manejar” o “elaborar” su culpa inconsciente de una historia (o infancia) irreductible a cualquier otra, durante la cual internalizó los mandatos represivos de la ley y la institución, aunque el principio es el mismo para todos. No hay menos violencia, sin duda, en la hipótesis *represiva* que, en la hipótesis *regresiva*, pero su vector no está orientado en la misma dirección.

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S., «*Tótem y Tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos*» (1913 [1912-13]), Obras Completas, Vol. XIII, Amorrortu Editores, Bs. As., 1994.
- Freud, S. (1920/1985). *Más allá del Principio de placer*, Obras Completas, tomo XVIII. Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. ([1939] 1997). *Moisés y la religión monoteísta*. OC. Vol. XXIII, Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S., «*Psicología de las masas y análisis del yo*» (1921), Obras Completas, Vol. XVIII, Amorrortu Editores, Bs. As., 1998.
- Lacan, J. “*Función y campo de la palabra y del lenguaje*” (1953), Escritos 1, México: Siglo XXI, 1998.